

JOSÉ MARÍA CASTILLO.

Teólogo. Granada

«Mi esperanza más fuerte para el próximo siglo es que se afiance y se fortifique el respeto a las personas y a la dignidad de las personas. Todo lo demás es secundario con respecto a esta cuestión. La cuestión esencial, el problema más determinante, al ponernos a caminar por las sendas del nuevo siglo»

1.

Cuando echamos la vista atrás y pensamos en lo que ha sido el siglo XX, lo que más impresiona es que hemos vivido el siglo más violento de toda la historia de la humanidad. De manera que nunca jamás se habían cometido tantas y tales agresiones contra la vida y la dignidad de los seres humanos. Al decir esto, no me refiero sólo a los incontables millones de muertos y personas destrozadas que han causado las guerras y otras formas de agresión que se han cometido en los últimos cien años. Todo eso, con ser tan grave, no es lo peor. Lo que más impresiona, en este momento, es que la vida y la dignidad de los seres humanos han perdido su valor. Por eso, mi esperanza más fuerte para el próximo siglo es *que se afiance y se fortifique el respeto a las personas y a la dignidad de las personas*. Todo lo demás es secundario con respecto a esta cuestión. La cuestión esencial, el problema más determinante, al ponernos a caminar por las sendas del nuevo siglo.

Ahora bien, esta esperanza de fondo se concreta en tres cosas que son las que más vivamente deseo:

1 . Acabar con la violencia. Ante todo, la violencia de los armamentos. Con esto quiero decir que este siglo ha sido tan violento, no porque la gente haya sido más mala en este siglo de lo que fue en siglos pasados. Si en este siglo se han causado tantos muertos, en las guerras y en las mil formas de agredir la vida, no es porque ahora seamos más perversos que las gentes de otros tiempos. La causa está en que ahora disponemos de unos instrumentos de muerte que no había antiguamente. O sea, no es una cuestión sólo de ética, sino sobre todo de ciencia y tecnología. Esto quiere decir que la violencia brutal que hemos padecido, se acabará el día que se cierren las fábricas de armamentos, el día que los hombres de ciencia e nieguen a investigar en ese macabro ámbito de una cosa a la que no se puede llamar "ciencia", sino que es "barbarie", por más que se haga con los medios más adelantados.

Pero en este siglo, más grave que la violencia de las guerras y los armamentos ha sido y está siendo la *violencia de la economía de mercado*. Me refiero concretamente a la economía neo-liberal. En este sentido, baste pensar que, según las estimaciones más fiables, la economía mundial está gestionada y controlada por el G 7, de tal manera que cada día mueren 70.000 personas por causa del hambre y la desnutrición. Que yo sepa, no ha habido ninguna guerra que haya provocado tantos muertos cada veinticuatro horas. Teniendo en cuenta que matar de hambre es una forma de violencia mucho más agresiva que matar de un tiro. Una violencia más agresiva y más humillante. La forma mas despiadada de agredir a un ser humano. Porque causa más sufrimientos que cualquier otra forma de violencia.

Ahora bien, cuando se trata de la violencia, hay que llegar hasta la raíz. Naturalmente, en el mundo hay violencia por causa de la perversión que es inherente a la condición humana. Pero con decir eso, lo hemos dicho todo y no hemos dicho nada. Cuando hablo de la raíz de la violencia, me refiero a

las motivaciones que justifican y legitiman las agresiones que los seres humanos cometemos los unos contra los otros. Por supuesto, hay personas que matan, roban, insultan y dañan por pasión, por odio, por venganza. Todo eso es terrible. Pero nada de eso es lo más agresivo que hay en este mundo. Nunca deberíamos olvidar que una agresión contra la vida es tanto más peligrosa cuanto el motivo que la justifica es más noble. El que mata por maldad pura y dura comete una atrocidad (por supuesto), pero puede reconocer que es un perverso y que tiene que cambiar. Lo malo, lo verdaderamente peligroso es cuando se mata o se comete una agresión "por la patria", "por la religión" o "por Dios". En ese caso, el que ofende, insulta, humilla y hasta quita la vida, se va con la conciencia del deber cumplido. ¡Y eso sí que es peligroso! Por eso, acabar con la violencia sólo será posible el día que acabemos con las motivaciones que legitiman y justifican los actos violentos. Eso es lo que más ardientemente deseo y espero para el siglo que empezamos.

2. *Acabar con la desigualdad.* Aquí es decisivo delimitar muy bien lo que se quiere decir. Desigualdades ha habido siempre. Y las habrá mientras el mundo sea mundo. Porque, desde que en el mundo hay seres humanos, en el mundo hay listos y tontos, sanos y enfermos, trabajadores y holgazanes, honrados y sinvergüenzas. Cuando hablamos de igualdad, no nos podemos referir a que se acaben esas diferencias. Porque eso sería pedir lo imposible. Hablar de igualdad, en este momento, supone tres cosas: 1) *La dimensión económica* que significa luchar para suprimir la brecha entre el Norte y el Sur, entre los países ricos y los países pobres. 2) *La dimensión jurídica* que consiste concretamente en que la Declaración Universal de los Derechos Humanos sea reconocida por todos los países del mundo. Y además su cumplimiento se vea garantizado mediante la constitución de un tribunal internacional al que pueda apelar todos los que se vean atropellados en sus derechos. 3) *La dimensión humanitaria* que siempre será necesaria, puesto que, al existir las diferencias inherentes a la condición humana de las que antes he hablado, es determinante tener muy claro que precisamente los que están más abajo, los peor dotados, los que tienen menos (por la razón

que sea e incluso aunque sea por culpa propia), esos son los que más necesitan de la solidaridad, del respeto y del amor sincero de los que tienen más o están más arriba.

3. *Acabar con la raíz de las violencias.* De acuerdo con lo que he dicho antes, las agresiones más peligrosas son las que se ven "razonablemente" legitimadas y justificadas. Pues bien, con esas legitimaciones y esas justificaciones es con lo que hay que acabar cuanto antes. Eso es lo más importante y lo más urgente. Concretamente, en el siglo XX, las dos grandes legitimaciones de la violencia han sido el *pueblo* y la *libertad*. Por el bien del pueblo, los movimientos revolucionarios y los partidos políticos de inspiración socialista han causado más de cien millones de muertos. Por el logro de la libertad, los poderes de inspiración capitalista están causando ahora mismo setenta mil víctimas cada día. No tendremos asegurada la esperanza para el futuro mientras los agresores de la vida puedan seguir justificando sus comportamientos asesinos en base a grandes palabras, a proyectos que atraen y alucinan a la gente. Pero con lo dicho no basta. Porque queda una última instancia que *de facto* actúa como soporte definitivo e intocable de los poderes agresores que actúan en este mundo. Me refiero a la religión en cuanto instancia que "legitima" el "orden establecido". Cuando el presidente de EE.UU. (por poner un ejemplo) jura su cargo con la mano sobre la Biblia y ante un representante oficial de la religión, millones de ciudadanos del mundo entero no tienen más remedio que resignarse ante la idea de que es Dios el que dispone que el hombre que tiene más poder en la tierra, gestione los destinos de los pueblos como de hecho los gestiona. Es decir, la presencia de la religión, no obstante todo lo que se ha dicho sobre los efectos de la modernidad y de la ilustración, sigue otorgando una legitimidad a los agresores de la vida y sigue dando estabilidad al convencimiento que tiene mucha gente de que las "cosas son como tienen que ser". Es evidente que, mientras esta conexión última no se rompa, la esperanza de pueblos enteros seguirá hipotecada.

2.

Después de lo que he dicho en el apartado anterior, mi convicción más firme es que *sólo habrá esperanza fundada el día en que los creyentes tengamos claro que la mediación esencial entre Dios y los seres humanos es la vida: el respeto a la vida, la dignidad de la vida e incluso la alegría y el disfrute de vivir*. Cuando esto sea una realidad palpable, entonces empezará realmente la "nueva evangelización".

Pero lo que acabo de decir necesita alguna explicación. Los seres humanos no tenemos acceso directo a Dios. Porque Dios es el Trascendente, es decir, Dios lo trasciende todo y está más allá de todo cuanto nosotros podemos alcanzar y con lo que nos podemos relacionar. En este sentido, es exacto decir que Dios es el "Absolutamente Otro". De ahí, la necesidad insustituible de "mediaciones" que actúen como puente entre el Trascendente y los seres humanos. Ahora bien, lo decisivo aquí está en comprender que la mediación esencial entre Dios y el ser humano no es la religión, sino que es la vida. Al decir esto, no se trata de prescindir de la religión. Ni siquiera de minusvalorar la religión. La cuestión está en comprender que la religión es parte de la vida y es una manifestación fundamental de la vida. Pero siempre sabiendo que la vida está antes que la religión. Y que la religión es verdadera cuando está al servicio de la vida y para potenciar y dignificar la vida de las personas. Lo cual quiere decir que una religión que actúa de forma que, en la práctica, sirve de legitimación, para quienes cometen agresiones contra la vida, semejante religión es falsa, por más ortodoxa que pretenda ser. Más aún, cuando la religión impone normas o toma decisiones que violan los derechos humanos o culpabilizan las conciencias, hasta el punto de amargarle la vida a la gente, la religión misma se constituye en agresora de la vida y, por tanto, se opone al plan de Dios.

3.

1. *Afrontar y resolver cuanto antes el problema del poder en la Iglesia*. No

me refiero a ninguna cuestión dogmática. Porque no pongo en duda la "estructura" jerárquica de la Iglesia. Lo que sí pongo en duda es su actual "organización". La estructura divina e inmutable de la Iglesia se ha organizado de maneras muy diversas a lo largo de la historia del cristianismo. En la actualidad, tenemos una organización tan centralizada que, en la práctica, la Iglesia es una monarquía absoluta. Pero sabemos que en la Revelación divina no hay argumentos que teológicamente justifiquen semejante modelo de organización. Concretamente, lo que más urge es resolver el problema que se refiere a la relación entre el papado y el episcopado. El papa es sujeto de suprema potestad en la Iglesia. Pero también lo es el colegio episcopal cuya cabeza es el papa. Ahora bien, ¿cómo se han de relacionar y organizar en concreto el papa y el colegio episcopal a la hora de gobernar la Iglesia y tomar las decisiones? Es una cuestión que no está resuelta ni teológicamente ni desde el punto de vista jurídico. Y es urgente resolver este asunto. Porque, entre otras cosas, sólo cuando esto esté debidamente claro y resuelto se podrán afrontar otros problemas de gran calado, como es el que se refiere al nombramiento de obispos, al margen de autonomía que pueden y deben tener las conferencias episcopales o la grave cuestión de la inculturación de la fe y de la Iglesia en los distintos países.

2. La relación de la iglesia con los Derechos Humanos. Porque la Iglesia no resultará creíble, en la sociedad actual, mientras no tenga este asunto debidamente resuelto. Esto supone dos cosas. En primer lugar, nunca debemos olvidar que el Vaticano (la "Santa Sede") es un Estado asociado a Naciones Unidas. Pues bien, hasta el día de hoy, la Santa Sede no ha firmado la Declaración Universal de los Derechos Humanos, promulgada hace más de cincuenta años. Y es que no puede firmarla. Porque su organización se lo impide, puesto que en la Iglesia no se acepta la igualdad de derechos de las mujeres y los hombres, por poner un solo ejemplo. Pero hay más. Porque la ONU había suscrito (hasta 1995) 103 convenciones, convenios y protocolos sobre Derechos Humanos. Y resulta que la Santa Sede ha firmado sólo 10 de esos compromisos. Por otra parte, si pensamos en el cumplimiento de

los Derechos Humanos dentro de la Iglesia, la situación es aún más sombría. Empezando por la potestad del Romano Pontífice que, según el canon 333, se formula de manera que la Iglesia viene a quedar configurada, en la práctica, como una monarquía absoluta. De hecho, como indica el mismo canon «no cabe apelación ni recurso contra una sentencia o un decreto del Romano Pontífice». Es más, el papa no puede ser juzgado por nadie (canon 1404), y si alguien recurre al concilio ecuménico o al colegio episcopal contra una decisión del papa "debe ser castigado" (canon 1372). Por otra parte, en la legislación eclesiástica no existe la división de poderes que configuran a un Estado de Derecho, es decir, el poder legislativo, el judicial y el ejecutivo (canon 135) están en las mismas personas o sea sólo en los ministros ordenados (canon 129). A partir de estos principios, inevitablemente los católicos se encuentran, jurídicamente, en una situación de indefensión, lo que es tanto como decir que se ven desprotegidos. ¿Con qué autoridad va a exigir la Iglesia el respeto a los derechos de las personas si ella no respeta tales derechos?

3. *La ética.* La falta de transparencia y coherencia en este ámbito, tan fundamental en la vida de las personas, es una de las causas que desencadenan más desaliento y falta de esperanza en demasiada gente. Primero, porque en la Iglesia, como en otras instituciones religiosas, es frecuente encontrarse con una doble moral, que consiste en imponer autoritativamente a otros lo que no se cumple dentro de la institución, como acabo de indicar a propósito de los Derechos Humanos. Segundo, porque la autoridad eclesiástica actúa, con frecuencia, de manera incoherente en este orden de cosas, por ejemplo cuando pone tanto énfasis en la condena del aborto, al tiempo que tolera la pena de muerte o, lo que es peor, todavía no se ha atrevido a denunciar a los países que siguen fabricando armas atómicas. Y finalmente, porque la insistencia obsesiva del discurso eclesiástico en asuntos de sexualidad, sin tener debidamente en cuenta los cambios culturales que se han producido a este respecto, tiene como consecuencia que grandes sectores de la población no quieran ni oír hablar de Dios, de la Religión o de la Iglesia.

4. *La solidaridad con las víctimas.* Es bueno, es importante, que la Iglesia publique documentos sociales, exigiendo justicia y un orden económico más equitativo. Pero la cuestión clave aquí está en comprender que la justicia y la defensa de los pobres no se consigue sólo con documentos en los que se pide genéricamente eso: que se respete y se ayude a los necesitados. Porque no es infrecuente que la Iglesia, por una parte, publica esos documentos, pero sabemos que, al mismo tiempo, mantiene las mejores relaciones posibles con quienes oprimen a los pobres y son los causantes de atropellos increíbles, por ejemplo en países del Tercer Mundo. Está claro que mientras las cosas sigan así, los discursos del papa, de los obispos y de los sacerdotes, clamando por la justicia en el mundo, van a ser voces en desierto.

5. *Diálogo con las culturas.* Hay documentos eclesiásticos de última hora, por ejemplo la reciente encíclica *Fides et Ratio*, que dan la impresión de que, en importantes sectores de la Iglesia, no se ha aceptado suficientemente (a estas alturas) el pensamiento de *la modernidad*. ¿Qué puede decir a las gentes de nuestro tiempo una institución que sigue anclada en una forma de pensar enteramente trasnochada y que quedó obsoleta hace más de un siglo? Por otra parte, resulta llamativo que la Iglesia organice grandes Sínodos para las iglesias de África, Asia o América y celebre esos acontecimientos en Roma. Esto es un indicio, un indicio nada más, del centralismo romano que difícilmente tolera las peculiaridades culturales de cada continente. Por eso el cristianismo no acaba de inculturarse y de socializarse en continentes enteros en los que lo cristiano sigue siendo un fenómeno marginal. Es evidente que la esperanza de los cristianos está asociada a un respeto hacia las distintas culturas que todavía es un sueño deseado, pero no cumplido.

6. *Diálogo con las religiones.* Esto es tan importante y tan urgente que, como insistentemente ha dicho Hans Küng, mientras no haya diálogo en profundidad entre las religiones, no habrá paz mundial. De hecho, las agresiones que las religiones han cometido contra la paz en el último siglo claman al cielo. Unas veces, por complicidad; otras veces, por silencio. Pero

así ha sido. Y hay algo más. Desde el momento en que una religión (la que sea) se erige con la pretensión de ser ella la única verdadera, desde ese momento está ofendiendo a las demás. Porque las está condenando a la marginalidad, a la mentira y ser caminos de perdición. Cualquier religión, por perfecta que sea, no puede abarcar la totalidad del misterio insondable de Dios. Por eso todas las religiones están obligadas a dialogar, a buscar en común, a acercarse progresivamente a la posesión de la Verdad total. Lo cual no es relativizar la verdad. Es reconocer que, cuando se trata de la Verdad Trascendente, todos tenemos fragmentos de esa Verdad. Y, por tanto, todos tenemos que aprender los unos de los otros. Para nosotros los cristianos, Cristo es el único Mediador entre Dios y los seres humanos. Pero una cosa es la mediación de Cristo y otra cosa es la mediación del cristianismo. El cristianismo no tiene el monopolio de Cristo. El Hijo de Dios es Señor y Mesías «por el Espíritu santificador» (Rom 1, 4). Pero sabemos que el Espíritu de Dios «se ha derramado sobre toda carne» (Hech 2, 17; cf. Joel 3, 1), es decir, se ha comunicado a todos los seres humanos. De ahí, la necesidad que todos tenemos (también los cristianos) de dialogar y de buscar conjuntamente al Dios que nos trasciende a todos.